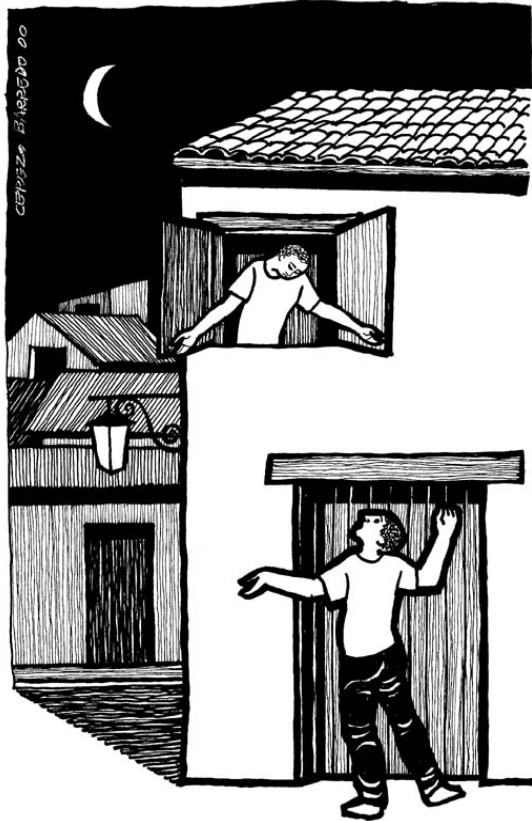


24 JULIO 2022
DOMINGO 17-C



1. CONTEXTO

EL PADRENUESTRO

El Padrenuestro no es una oración más entre otras. Es la oración de los discípulos de Jesús. La oración que el Maestro enseñan y deja como distintivo a sus seguidores. En ella podemos descubrir los deseos más íntimos de Jesús y sus aspiraciones más hondas.

No es extraño que los cristianos lo hayan considerado siempre como la síntesis del evangelio. En el Padrenuestro encontramos la enseñanza nuclear de Jesús, su mensaje de salvación, su programa de vida. Ahí está el Evangelio de Jesucristo, condensado en pocas palabras y traducido al lenguaje vital de la oración. Si captamos bien su contenido y su aliento, captaremos el mensaje más original de Jesús y su espíritu más hondo.

Su estructura es sencilla. Arranca con una invocación que indica con claridad a quién va dirigida la oración: "Padre nuestro que estás en el cielo". Tiene luego dos partes bien definidas que conviene distinguir, pues marcan dos actitudes básicas en el orante.

En la primera parte se hacen tres peticiones que en castellano vienen expresadas en subjuntivo. Son formulas breves: "Santificado sea", "venga", "hágase", que recogen tres grandes deseos centrados en Dios: su nombre, su reino, su voluntad. En la segunda parte, por el contrario, encontramos cuatro peticiones en forma imperativa, que es lo propio de la

oración de petición, Son formulas más largas que se centran ahora en las necesidades del ser humanos: "Danos el pan", "perdona nuestros pecados", "no nos dejes caer en la tentación", "libranos del mal".

Nunca se han de separar estas dos partes del Padrenuestro, pues forman una sola oración. Es el mismo orante quien se dirige al Padre del cielo. Primero para expresarle sus deseos ardientes de ver realizada la obra salvífica del Padre. Después para presentarle las necesidades más urgentes de la humanidad. Los deseos sublimes de la primera parte serán realidad cuando el ser humano encuentre respuesta concreta a su necesidad de ser salvado de la precariedad del pecado y del mal.

(José A. Pagola. Padrenuestro.PPC)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: GÉNESIS 18, 20-32

En aquellos días, el Señor dijo:

«La acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte, y su pecado es grave; voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la acusación; y si no, lo sabré»

Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán.

Entonces Abrahán se acercó y dijo a Dios:

«¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti hacer tal cosa!, matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia?»

El Señor contestó: - «Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos.»

Abrahán respondió: - «Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?»

Respondió el Señor: - «No la destruiré, si es que encuentro allí cuarenta y cinco.»

Abrahán insistió: -Quizá no se encuentren más que cuarenta.»

Le respondió: - «En atención a los cuarenta, no lo haré.»

Abrahán siguió: - «Que no se enfade mi Señor, si sigo hablando. ¿Y si se encuentran treinta? »

Él respondió: - «No lo haré, si encuentro allí treinta.»

Insistió Abrahán: - «Me he atrevido a hablar a mi Señor. ¿Y si se encuentran sólo veinte? »

Respondió el Señor: - «En atención a los veinte, no la destruiré.»

Abrahán continuó: - «Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se encuentran diez? »

Contestó el Señor: - «En atención a los diez, no la destruiré.»

Este texto, -continuación del domingo pasado-, nos muestra a un Abrahán en dialogo franco y sencillo con su Dios para tratar de lograr el perdón de Sodoma. La palabra diálogo es clave para entender el

significado y las exigencias de la plegaria cristiana.

El dialogo de Abrahán es una especie de regateo al estilo oriental. En el texto se ve, de una forma plástica, el poder de un "resto" inocente (solamente 10) sobre el que puede descansar tanto la promesa como la salvación. Abrahán parece que se crece para conseguir un tipo de justicia cercana a la misericordia redentora, que consiste en **perdonar a todos por la inocencia de pocos**.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 137

R. Cuando te invoqué, Señor, me escuchaste.

Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario. R.

Daré gracias a tu nombre, por tu misericordia y tu lealtad. Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. R.

El Señor es sublime, se fija en el humilde, y de lejos conoce al soberbio. Cuando camino entre peligros, me conservas la vida; extiendes tu brazo contra la ira de mi enemigo. R.

Y tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo: Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. R.

2ª LECTURA: COLOSENSES 2, 12-14

Hermanos:

Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo, y habéis resucitado con él, porque habéis creído en la fuerza de Dios que lo resucitó de entre los muertos.

Estabais muertos por vuestros pecados, porque no estabais circuncidados; pero Dios os dio vida en él, perdonándoos todos los pecados.

Borró el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas y era contrario a nosotros; lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz.

El texto insiste en la vida nueva obtenida por la incorporación a Cristo en la comunidad creyente a través de la adhesión personal a El por la fe y el bautismo. Es un texto capital para la comprensión del **bautismo cristiano**, comprendido como participación en la muerte y la resurrección de Cristo.

EVANGELIO: LUCAS 11,1-13

Seguimos en el "**camino**", y estamos en un nuevo escenario, "**un cierto lugar**", con un nuevo tema muy querido por Lucas: *La oración continua e insistente*.

1. Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.

Jesús y sus discípulos procedían de un pueblo que sabía orar. La oración formaba parte de la vida. En general comenzaba el día con una mirada dirigida a Dios al salir el sol. Y se terminaba con una oración, al ponerse el sol.

Pero por mucha oración que hubiese en el judaísmo antiguo, Dios para el orante piadoso y

sencillo era ante todo el rey lejano, alejado del mundo. La oración era un modo de rendirle homenaje. La oración se convierte en **una costumbre y una forma de conseguir méritos**.

Jesús enseña una nueva manera de orar.

El modelo de esa nueva manera era él mismo. Es verdad que sabemos muy poco sobre el orar de Jesús. Los evangelios sinópticos solo nos transmiten dos oraciones suyas (Mt 11,25; Mc 14,36) y las palabras de la cruz (Mc 15,34; Lc 23,34). Pero lo decisivo es que Jesús no se contentó con la herencia litúrgica, sino que la oración de Jesús rompe los moldes de la costumbre piadosa. No solo hace la oración litúrgica tres veces al día, sino que, según la tradición, pasa horas enteras (Mc 1,35; 6,46) e incluso noches enteras en oración solitaria (Lc 6,12).

Jesús en su oración personal ora en su lengua materna. Con eso, Jesús saca a la oración del ámbito litúrgico, del lenguaje sacral, y la pone en medio de la vida, en medio de la cotidianidad.

En la oración de Jesús, **la intercesión** ocupa mucho espacio: ora por el discípulo a quien ve en peligro de sucumbir a la prueba (Lc 22,31). Jesús ora por los niños. Jesús ora por Israel en la última cena. Es especial la manera que tiene Jesús de **dar gracias** (Mt 11,25 s). La expresa en un punto crucial de su actividad, cuando su labor aparentemente había fracasado y únicamente le seguía un grupo de personas que gozaban de poca estimación.

2-4 Él les dijo: Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación.

Jesús responde a la petición proponiendo una oración muy breve, incluso más breve y más próxima al texto original que la de Mateo (Mt 6,9-13). La versión de **Lucas** está destinada para personas que todavía han de aprender a orar como es debido. Y se enseñaba a orar con el padre-nuestro.

Padre nuestro, es la traducción del Abba arameo, es la manera nueva de hablar con Dios que nos trae Jesús. Jesús concede a los "pequeños" el privilegio de decir con él **Abba (Papaíto)**. Pablo nos dice que no hay prueba más clara de la posesión de la calidad de hijos como el hecho de que uno se atreva a invocar Abba (Gal 4,6).

Santificado sea tu nombre y venga tu reino, son dos peticiones que están íntimamente relacionadas. No fue original de Jesús, sino que proceden de la liturgia judía, con la cual terminaba el culto de la sinagoga, y con la que Jesús se hallaba familiarizado desde niño. Que sea respetada o reconocida su santidad, es que no sea profanado tu nombre. El venga tu reino responde en forma de petición al anuncio de la buena noticia; que Dios sea efectivamente quien rija la historia de los hombres (Sal 82,8; 98)

Las dos peticiones siguientes en primera persona del plural, que oran por **el pan y el perdón** también están relacionadas. Es dudoso el significado del adjetivo del pan (el pan de hoy o el pan de la mañana). Para Jesús, el pan terreno o el pan de la vida no están en oposición. El pan que Jesús partía, al hacer que los publicanos y pecadores se sentaran a su mesa, el pan que él extendió a sus discípulos en la última cena, era pan terreno y, al mismo tiempo, pan de vida. **Toda comida con Jesús era un banquete de salvación.**

La segunda petición tiene la mirada puesta en el gran "**ajuste de cuentas**" hacia el mundo que se encamina. Los discípulos de Jesús saben que están implicados en la culpa y en el pecado. Y saben que únicamente la absolución de Dios, el mayor de sus dones, puede salvarlos. Y el perdonar ahora a nuestros deudores, con esta prontitud que Jesús acentúa es condición previa indispensable para el perdón de Dios. Allá donde falta la disposición para perdonar, el pedir perdón a Dios es una mentira.

La **petición final** es sorprendente. No se refiere a las tentaciones de la vida cotidiana, sino a la última y gran tentación final. Los discípulos de Jesús piden ser preservados de la apostasía (el rechazo total de Dios) Es como decirle a Dios: **libranos de extraviarnos.**

5-8 Y les dijo: Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: "Amigo préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle". Y, desde dentro el otro le responde: No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos". Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levante y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

La parábola nos pinta bien viva la vida de una aldea palestina. No hay ninguna panadería y toda ama de casa cuece antes de salir el sol el pan de la familia; pero en una aldea se sabe a quién le queda pan al final de la tarde. Tres tortas de pan constituyen todavía hoy la comida de una persona. El vecino solamente quiere que le presten el pan necesario para cumplir con el deber sagrado de la hospitalidad.

La irritación del vecino es evidente. Se ha acostado temprano, porque la casa está oscura ya que la pequeña lámpara de aceite da una luz débil. La puerta está cerrada con una gran barra de hierro que pasa por los anillos hechos a la madera. El abrir la puerta es laborioso y con el ruido pueden despertarse los niños.

Lucas nos transmite con esta parábola que **la oración tiene que ser perseverante.** Dios es comparado a un "amigo" a quien otro amigo acude de noche, a una hora intempestiva, para pedirle unos panes. Gracias a la insistencia, aquél terminará por dárselos. También Dios, dice Jesús, hará lo mismo.

9-13 Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre.

¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

La conclusión se redacta en forma de aforismo. Es lo contrario de una resignación fatalista a los sucesos, como si fuesen voluntad de Dios.

3. PREGUNTAS...

PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN EL CIELO.

El Padrenuestro arranca con una invocación que le da un tono propio a toda la oración. Lo primero es experimentar a Dios como Padre querido y cercano, despertar en nosotros la confianza total, sentirnos hermanos de cuantos son sus hijos. Dios es para nosotros Misterio trascendente y santo, pero Misterio de amor personal y concreto. Dialogamos con un Padre que está en el origen de nuestro ser y que es el destino último de nuestra existencia. Cuando pronunciamos esta palabra "Padre/Madre" orientamos todo nuestro ser hacia el único que nos ama, comprende y perdona.

Y se reza en plural. Quien invoca así a Dios no puede desentenderse de los demás. Solo se puede rezar con un corazón grande y universal. Nadie ha de quedar excluido.

Es el "Padre del cielo". No está ligado a un lugar sagrado. No pertenece a un pueblo o a una raza concreta. No cabe en ninguna religión. **Es el Dios de todos.**

"Padre nuestro". Es el primer grito que brota del corazón humano cuando el hombre vive habitado, no por el miedo y el temor a Dios, sino por una confianza plena en su amor creador.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.

Este deseo nace en nosotros porque el nombre de Dios, "Abba" no es santificado ni glorificado. No se le deja a Dios ser Padre de todos. Su nombre de Padre no es reconocido. Se le ofende violando a sus hijos e hijas. Su nombre de Padre es despreciado, ignorado o rechazado cuando en el mundo crecen los odios y las injusticias.

El creyente pide a Dios que sea él mismo el que santifique su nombre, el que se haga reconocer por todos. Solo con nuestras fuerzas no podemos hacerla realidad, por eso le exponemos nuestro deseo ardiente. Pero eso entraña el compromiso de vivir de "manera santa", dando gloria a Dios en nuestra propia vida. Significa respetar a Dios, aceptar su presencia misteriosa en nosotros, sin pretender manipularlo; hacerle sitio en nuestra vida, en nuestro pensar, sentir y actuar, sin obstaculizar su acción salvadora en nosotros; no hacernos otros dioses, desterrar toda idolatría reconociéndolo como **único Señor.**

VENGA A NOSOTROS TU REINO.

No hemos de identificar el Reino de Dios con el cielo. Es el algo que está en marcha y acontece ahora. Gritamos que se haga realidad entre nosotros, que llegue su justicia, que se imponga en el mundo su señorío. Tampoco es algo interior. No pedimos que Dios reine interiormente en los corazones, sino que transforme la realidad entera del mundo y la vida material, espiritual y social de los hombres para que sea más conforme con los designios de Dios nuestro Padre.

Jesús vive convencido de que, con él, con su mensaje y su actuación, el Reino de Dios comienza a hacerse realidad. Es como una semilla que se ha sembrado en el mundo para ir creciendo, como un trozo de levadura que ha sido introducido en la historia humana para ir transformándola, como un tesoro escondido que hay que saber descubrir o como perla preciosa por lo que merece arriesgar todo lo demás.

La llegada del Reino parece todavía algo insignificante, como un pequeño grano de mostaza, que invita a descubrir en lo más profundo de la historia humana la fuerza humilde pero poderosa de Dios. Si Dios reina en el mundo, ya los poderosos no reinaran sobre los débiles, los ricos no abusaran de los pobres, los varones no dominaran a las mujeres, y los pueblos del primer mundo nos explotaran a los del Tercero.

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DIA.

En la lengua materna de Jesús el pan significaba "alimento" en general. Pedimos, pues, al Padre **lo necesario para vivir**, el alimento indispensable del que depende nuestra vida.

Y pedimos **el pan "nuestro"**, de todos, no el pan mío. No me puedo preocupar solo de mi pan. No tengo derecho a pensar solo en mi satisfacción y bienestar material, olvidando a esos millones de seres hambrientos y desnutridos que no tienen ni siquiera lo necesario para vivir. El pan que comemos explotando a los pobres u olvidando a los hambrientos no es un pan bendecido por Dios. Mientras no lo compartamos con el hambriento, no es un pan de Dios, nuestro Padre.

Esta petición bien entendida encierra mucho más que una demanda de la ración de pan para cada jornada. Implica todo un estilo de **vivir de manera sobria y confiando** plenamente en el Padre.

PERDONA NUESTRA OFENSA, COMO TAMBIEN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN.

El perdón que pedimos a Dios Padre se pone en estrecha relación con el que concedemos a los hermanos.

Los cristianos no hemos asimilado que, para Jesús, el verdadero pecado **es la omisión**. En el último día no seremos juzgados por el mal que hayamos cometido, sino por lo que hemos dejado de hacer con el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo o el encarcelado.

Todos necesitamos perdón. Cada uno pide perdón para sí mismo y para los demás. Todos compramos la inmensa deuda con Dios. ¿Dónde podemos poner

nuestra salvación? Solo en la misericordia y el perdón de Dios.

Como también nosotros perdonamos. ¿Es nuestro perdón condición indispensable que se requiere para que Dios nos conceda su perdón o más bien es consecuencia o fruto del perdón que Dios nos ha concedido previamente? Nuestro perdón no es condición para que Dios nos perdone, sino para que nuestra petición sea sincera. Porque hemos sido perdonados por el Padre podemos perdonar a los hermanos y así nos está permitido implorar a Dios sinceramente su perdón definitivo.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACION.

El ser humano es libre y, aún condicionado por no pocos factores, puede decidir la orientación de su vida. Pero, al mismo tiempo, es un ser radicalmente débil, amenazado desde dentro y desde fuera, expuesto a toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar su vida. El "misterio del mal" nos amenaza siempre. En cualquier momento podemos caer en el egoísmo y la infidelidad.

No suplicamos no ser tentados sino no sucumbir, no caer en la trampa que se nos tiende en la tentación. Que cuando llegue Dios nos de fuerzas e impida que caigamos derrotados. Somos conscientes de la fuerza del mal, que amenaza siempre nuestra fe pequeña y frágil, pero acudimos confiados a Dios para pedir su protección bondadosa.

LIBRANOS DEL MAL.

Sabemos que la creación es buena; así nació de manos del Padre (Gn 1,31). Pero constatamos con dolor la presencia oscura del mal: el pecado, la injusticia, el hambre, las desgracias, la enfermedad, la muerte... El mal causado libremente por los hombres, el mal que tiene su origen en la finitud del mundo, el mal misterioso y difuso que impregna el mundo y la historia.

Somos responsables de pecado que hay en el mundo, pero también víctimas. El pecado y la maldad no están solo en el corazón de las personas. El pecado está ya encarnado en las estructuras y en la misma dinámica de la historia humana.

Al pedir a Dios que **nos libre del mal**, no le pedimos propiamente que nos libere del cautiverio o la esclavitud del mal. Pedimos que **nos arranque** del mal que nos acecha, que nos salve a tiempo del peligro, que nos abandone al poder de ese mal que parece invadir la historia y penetrarlo todo.

El mal está ahí con todo su poder. Pero la actitud del creyente no es de miedo, sino de confianza grande en el Padre. Quien pide la liberación del mal ha de estar dispuesto a luchar con él con todas sus fuerzas, siguiendo a Jesús, que no ofreció una doctrina teórica sobre el mal, sino que se entregó a hacer el bien y a liberar a las gentes del sufrimiento, de la injusticia y del pecado

(Para seguir reflexionando: José A. Pagola: Padre nuestro. Orar con el espíritu de Jesús. PPC)